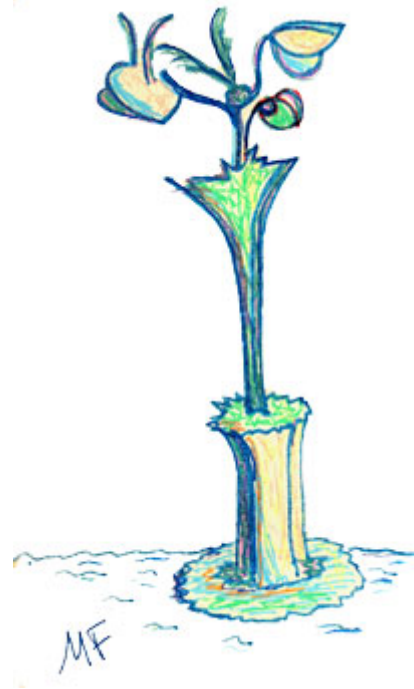


Leyendas

Urbanas



LA ETERNA PARTIDA

Robin Hook

Ayer falleció el padre de mi amiga Pilar. Puede decirse que el hombre murió de viejo. Con la vida cumplida a sus noventa y tres años, sus fuerzas se fueron menguando, se fue extinguiendo la luz que le había mantenido durante tanto tiempo.

A Pilar la conocí hace más de veinte años. Iniciaba su trabajo como profesora de inglés en la Escuela de Idiomas, cuando tuvo la poca fortuna de toparse con un revoltoso como yo en su clase. Pienso que mis travesuras de entonces la obligaron a curtirse rápido en su manejo de la clase y el espacio profesor-alumno, pero nos tomamos mucho cariño y comenzamos a buscar ampliar las correrías fuera del horario lectivo.

En alguna de aquellas correrías, conocimos a José Luis y, por aquellas cosas del destino, el asunto terminó en boda. Recuerdo como la gente opinaba que no pegaban muy bien. Sus orígenes eran bien distintos; sus estaturas, también. José Luis era un tiarrón fornido y campechanote, mientras que Pilar a su lado recordaba a una fina muñeca de porcelana, despreocupada ante un futuro incierto entre los brazos de aquel chavalón. Hoy ambos tienen dos hijos, Alicia y Cesar, lo que viene a demostrar que en esto del amor, existen pegamentos que no se distinguen a simple vista con facilidad.

Esta tarde se celebraba el funeral por el padre de mi amiga en su pequeño pueblo de la montaña. El calor del verano arrancaba gotas de sudor de todos los presentes. Entré en la pequeña iglesia y me situé en la parte trasera de la misma. Pude observar la avanzada edad de la mayor parte de los asistentes, integrantes muchos de ellos de la pequeña comunidad. La iglesia quedó llena y ocupada por un centenar de personas. Yo veía a Pilar en el primero de los bancos y, a su lado, alcanzaba a distinguir la cabellera gris de su abatida madre, cuyo compañero de vida durante más de sesenta años, no estaba ya a su lado.

En el siguiente banco, José Luis se sentaba al lado de César y de Alicia. El dolor inundaba la minúscula iglesia en la tarde veraniega.

Cinco sacerdotes, de similar quinta que los asistentes, celebraban la misa de funeral. El ritual se desenvolvía con lentitud entre los adornos de cánticos voluntariosos pero desentonados. Llegó el momento de la homilía y el cura titular, comenzó rutinariamente a desgranar un sermón con el tinte gastado por la repetición de muchos años. Se trataba de exponer que si la cabeza resucita, el resto del cuerpo también ha de hacerlo...yo me preguntaba si aquellos viejos feligreses estarían en comprender la profundidad del argumento o, simplemente, lo admitirían o lo descartarían como, a buen seguro, habrían hecho en ocasiones previas. Pesado razonamiento difícilmente compatible, pensaba, con el bochorno estival que se respiraba.

La desganada alocución, alargada en el tiempo, condicionaba a la familia en su doloroso tránsito, sin aportar, a mi juicio, consuelo alguno. El ambiente se iba haciendo más y más penoso, como si la muerte hubiera enrarecido esa tarde calurosa, asfixiando a los vivos en el reducido espacio del modesto templo y hubiese logrado el abatimiento generalizado de todos los asistentes.

Esa sensación me incomodaba, cuando noté que Cesar comenzaba a llorar callada pero notoriamente. En ese momento, José Luis pasó su brazo sobre sus hombros y acarició pausadamente la cabeza de su hijo, describiendo remolinos sobre su pelo rebelde y fuerte. Me sentí muy conmovido por el derroche de cariño que el gesto emanaba. Puedo afirmar que hasta orgulloso de ser amigo de alguien con esa mágica cualidad, con esa ternura inmensa. Pensé que tal vez estuviese viendo por primera vez, el pegamento al que anteriormente aludí. Y también supe con absoluta certeza, que esta tarde de verano, José Luis había sido el as en la manga de la vida, la carta de triunfo que iba a ganar la eterna partida a la dama de la guadaña. Serán cosas mías, no digo que no, pero a mí me pareció que con ese gesto, el pequeño recinto se llenó definitivamente con la luz de la vida.

15-08-07